

XXII

- Buenas tardes, oí a mis espaldas
- Buenas nos dé Dios a los pobres, que los ricos ya se las toman...

Exclamé, pensando que era Luis quien me alcanzaba. Hacía días que no coincidían ni nuestros recorridos ni nuestros horarios.

Andaba yo aparcando el coche y, lógicamente, estaba más pendiente de evitar la multa que de cualquier otra cosa; razón por la cual no presté atención al saludo y respondí como por acto reflejo.

- Pues no creo que tú puedas quéjate mucho... ¡ni de Dios ni de *nà*!

Aquel sonsonete me obligó a prestar más atención a quien me saludaba.

- ¡Joaquín! –no pude sino exclamar al reconocerle, mientras tendía mis brazos abiertos en actitud de abrazarle– ¿Te has perdido? ¿Has venido solo?
- Te veo muy bien –dijo, tras soltarse de mis brazos y mirarme de arriba abajo.

Era Joaquín un viejo conocido desde los tiempos de la universidad. Habíamos pasado noches enteras con los apuntes, libros, papeles y rotuladores preparando los exámenes de la mañana siguiente. Quien haya vivido estas noches entenderá a qué hago referencia: setenta noches repartidas durante los cinco años que duraba obtener el título de economista, siempre y cuando no estuvieras decidido a “ampliar estudios” –frase con la que hacíamos referencia a suspender alguna convocatoria o, incluso, algún que otro curso.

Joaquín, bastante más joven que yo o tal vez por ello, se había apuntado a aprender mis viejas técnicas de estudio, así como la confección de guiones y demás recursos de un veterano en tales lides.



Ante la cerveza y los platicos con olivas, papas y *cacaus* anduvimos repasando muchas, muchísimas de nuestras comunes vivencias, así como retrayendo anécdotas y curiosidades más recientes en nuestras dispares rutas profesionales.

- Pero, bueno, no te he preguntado qué se te ha perdido por estas latitudes.
- Ja ja ja... ¡ni falta que te hace! He venido por un asuntillo profesional, sin importancia.

- Vos, el gran jefe de los servicios técnicos de la Consellería, abandona su garito sin más..., por un asuntillo... Amos ¡anda! Si no puedes hablar de ello: vale. Por cierto, conociéndote, ¿has topado conmigo o...? Vale; no digas nada.

Joaquín seguía sonriendo, cosa que me tenía desorientado.

Es cierto que sabía que yo era de aquí, pero no podía conocer que estaba residiendo casi de *contino*... Igual tiene algún subordinado o alguien relacionado con la Politécnica, que sea de aquí... Su voz me hizo volver a la realidad

- ¿Qué plan tienes? ¿Has quedado con alguien?
- ¿Por qué lo preguntas? No; suelo dejar aquí el coche cuando estoy en el pueblo y así, al finalizar mi caminata *cardiosaludable*, pronto regreso para preparar qué comer.
- Pero ¿vas o vienes?
- No, acabo de llegar... estaba aparcando para iniciar el paseo.
- Entonces, lo podemos hacer los dos
- ¡¡¡...!!!

Yo sé que, con la edad... bueno, con la edad propecta, se pierden bastantes reflejos, y no solo físicos. Pero no tantos como para no percibir que Joaquín tenía algún problema grave y necesitaba hablarme.

Así que traté de facilitarle al máximo. No había venido ex profeso a verme: lo tenía claro; pero tampoco se hacen kilómetros un día laborable para saludar un viejo amigo y, oh casualidad, saber dónde y cuándo hacerse el encontradizo. Así que comencé a intentar facilitarle los trámites.



- ¿Has quedado para comer o podemos hacerlo juntos?

Tardó en responder.

Ello me llevó a la conclusión que su llegada tenía un origen más serio, todavía no podía concluir si de tipo personal, familiar o profesional; pero lo cierto es que se había desplazado para hablar conmigo.

- Aquí habrá algún lugar discreto...
- Pues, sí... ¡no habrás venido para que te confiese! Ya sabes que hace tiempo que no ejerzo.
- No, lo decía por no andar por las calles del pueblo... no creo que nadie me conozca, pero mejor evitarlo.
- Sí, ya lo había pensado: tomaremos esta calle y saldremos al camino de la Ikena, del que tu admirado pensador y escritor dejara escrito aquello de que:

... surgían dos sendas que paulatinamente se alejaban del camino principal. La de a mano izquierda, casi desierta siempre, inclinábase hacia el cauce del semidesechado río, y la de arriba, practicada al pie de verdes ribazos, era el ordinario e incómodo paseo de los que rehuían mezclarse a la algazara de la carretera. Este era también el paraje por donde

*cotidianamente solían discurrir algunos librepensadores, gente arriscada y orgullosa de no padecer lo que llamaba rancias supersticiones de aquel pueblo atrasado y levítico.*¹

- Es cierto: Ciges Aparicio era de aquí... No es por nada –agregó–, pero es que no acabo de entender lo que te contaré y no me gustaría que te involucraran. Ya sé lo que piensas, pero mejor que no te relacionen.
- ¡Acabáramos!
- No hay nada que acabar, entre otras cosas porque no hemos empezado...

Y así fue como Joaquín se fue explayando: tenía que presentar un informe a su superior y, aún con el montón de información de que disponía, no era capaz de entender qué ocurría en los miembros más destacados de los partidos políticos de la zona.

- ¿No te referirás a tu servicio de infraestructuras? –le corté en seco.
- Lamentablemente, también.

Continuamos nuestro caminar. Hubo momentos en que llegó a gesticular con ambas manos de una forma impropia para quienes le conocieran. Con todo no revelaré nuestra conversación, entre otras razones porque, aún no habiéndomelo pedido directamente, no viene al caso.

Sólo estableceré una premisa: no hemos adelantado nada después de todo un siglo.

En efecto. Lean lo que quedó escrito en junio de 1.913.

... puede discutirse y sembrar discordias la política de Maura ó de Romanones; pero lo que nadie discutirá y en ello todo el mundo estará conforme, es la ventaja de un ferrocarril que cruce los pueblos del distrito, ó de un pantano que riegue, ó de un camino más que facilite la comunicación y el tráfico.

Sí, lo dejó escrito un enguerino y se refería a nuestra zona².

Entonces todavía no se usaba la palabra de marras: infraestructuras; pero ya tenía claro cuál era el papel de los políticos entonces.

Mi amigo y yo continuamos viendo en nuestros ayuntamientos la denominada deslealtad institucional cuando nos mantienen con las infraestructuras de principios del siglo pasado; infraestructuras que, si ya a los de entonces les parecían insuficientes, ¿en qué andan pensando los actuales?

Por la Transcripción
José Cerdá Aparicio



¹ Frase de la novela **El Vicario**, de Ciges Aparicio, 1905, cap. VI, 93-4

² Dr. Albiñana. "Labor para todos: Intereses del Distrito". **El defensor de Enguera y su Distrito**. Año I nº. 6; 14 de junio de 1913